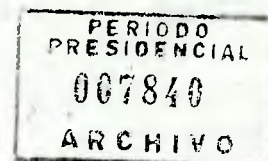


(APPOX 30/JUNIO/1990)

Raúl Donckaster

POR UN GRAN ACUERDO EN LA DEMOCRACIA CRISTIANA



INTRODUCCION

El actual panorama mundial muestra de manera evidente, que existe una situación de profunda transformación que afecta a todas y cada una de las partes de, por lo menos, los principales sistemas sociales. Nadie, razonablemente, puede suponer que lo que hoy protagonizamos haya tenido una generación espontánea, lo más que podemos conceder a la sorpresa que nos envuelve, es que no tuvimos la capacidad de prever, de acuerdo a signos que se presentaban y no supimos interpretar, la celeridad y profundidad del proceso político mundial hoy en desarrollo. Es un error de omisión que no podemos reiterar, ni en la macropolítica ni en los asuntos que nos son más cercanos.

Es evidente que estamos en las puertas de un mundo nuevo, que -y justificadamente podemos tener esta esperanza- tendrá como eje la búsqueda de los encuentros y el privilegio de la persona humana.

Hoy, es el humanismo la ideología que se afirma y privilegia en la civilización occidental. La caída de los socialismos reales y los cambios sustanciales que ha debido sufrir el capitalismo desde su génesis, nos muestran que es precisamente la concepción ideológica humanista la que plantea los horizontes de la humanidad. El humanismo cristiano, ideario que da su razón de ser a la Democracia Cristiana, adquiere una fuerza y proyección política que nunca antes había tenido.

Esta situación que se produce a nivel mundial involucra también, obviamente, a Chile y por eso nosotros, los democratacristianos de este país, debemos asumir la problemática nueva que se presenta.

Nuestros intereses primordiales pueden ser sólo dos: uno principal e inmediato, contribuir con todas nuestras capacidades al más amplio éxito del Gobierno que encabeza nuestro camarada don Patricio Aylwin. El otro, esforzarnos -también desde ahora y paralelamente- en tener la capacidad de proyectarnos hacia el futuro; imaginarnos las situaciones y hacer los planteamientos para que nuestro país llegue a asumir en plenitud los valores humanistas cristianos. Ellos, pese a las distintas modas con las que han sido enfrentados, siendo las más actuales el capitalismo, el marxismo y el neo-liberalismo, que se combinan con dosis variables de escepticismo, pragmatismo y oportunismo, son perennes. Se mantienen plenamente.

¿Acaso la proximidad inmediata del Siglo XXI puede llevarnos a cuestionar la vigencia del sueño de nuestros fundadores, de tener una organización política de inspiración humanista y cristiana? No tenemos duda en cuanto a la respuesta: reafirmamos que asumimos una opción preferencial por lo pobres, por la justicia y por la solidaridad, en donde la ideología debe estar siempre presente, aportando los contenidos valóricos intransables, y el pragmatismo debe asumirse como la búsqueda de la eficiencia que permita la consecución plena de esos valores, sin posponerlos por razón alguna.

Estamos ciertos que en torno de lo que se ha planteado hay consenso en nuestro Partido.

EN CUANTO A LO NACIONAL

a) El respaldo al Gobierno.

El Partido fue principal gestor de la unidad de los opositores a la dictadura, ello llevó a que pudiéramos tener un candidato presidencial único y dió origen al Programa de la Concertación de Partidos por la Democracia, en cuya elaboración la Democracia Cristiana tuvo protagonismo principal. La unidad construida y el Programa nos obligan y comprometen, son los resultados victoriosos de la dura batalla que dió el pueblo chileno. Por ello el Partido, con el compromiso de cada uno de sus militantes, asume con plena lealtad el apoyo al Gobierno.

Esta base unitaria de principios, en la que todos los democratacristianos estamos de acuerdo, debe también manifestarse en la acción. Debe ser espíritu, método y práctica obligatoria para todos los militantes y, especialmente, para los funcionarios, parlamentarios y dirigentes, ya que existiendo esta convergencia fundamental, otros desacuerdos, evidentemente, son menores. Debemos cuidarnos, en todo caso, de que estas divergencias internas, que como ya se ha señalado no serán sobre lo principal, afecten nuestras relaciones de tal forma que incluso aquello en lo que estamos todos de acuerdo, pueda afectarse producto de nuestra estrechez para abordar los disensos.

El país requiere de un Partido Demócrata Cristiano unido y sólido, que pueda ser siempre sostén del Gobierno al que eligió y apoya.

b) El fortalecimiento y la proyección de la Concertación.

El Partido ha definido de manera consensual su apoyo a la mantención de la Concertación de Partidos Políticos por la Democracia. Asimismo, en forma muy mayoritaria, estima que esta Concertación debe proyectarse más allá del actual Gobierno al que apoya.

Esto requiere de los máximos esfuerzos de todos: de los dirigentes de todos los partidos que la conforman, que deben mostrar efectivamente su voluntad unitaria y su real trabajo mancomunado (fuera del gobierno hay sectores interesados en crear brechas entre los partidos de la Concertación), y de las bases de los distintos partidos, que deben atreverse a seguir actuando conjuntamente. Hoy se percibe que es en los sectores más lejanos a las cúpulas donde hay mayores posibilidades de entendimiento y mejores intenciones de vinculación.

Nadie pretende que cada Partido renuncie a su identidad o al proselitismo que legítimamente debe hacer. Nosotros no estamos dispuestos a hacerlo, por el contrario, creemos que es indispensable y sano para la democracia nacional, que la ciudadanía se pueda manifestar precisa e inequívocamente por los partidos o tendencias que mejor la representen. Sin embargo, ello debe hacerse mostrando de manera evidente y permanente la voluntad de concertación y el interés por el trabajo conjunto, en una leal competencia por el favor de los electores.

c) La relación Gobierno, partidos políticos y ciudadanía.

De acuerdo a nuestro régimen presidencialista, corresponde al Presidente de la República la conducción del Gobierno. Dichas facultades no deben ser cuestionadas en los hechos con presiones de grupos de personas en pro de nombramientos o decisiones. Ello, además del concepto mismo de lo que es "el buen gobierno", exige que quienes ejercen el poder llamen a las funciones públicas a las personas más idóneas, guiándose exclusivamente por este criterio en la selección que se haga. Por ningún motivo puede utilizarse el aparato de gobierno como un factor de influencia dentro del Partido, nada sería más perjudicial para la Democracia Cristiana, nada sería peor para la proyección futura de nuestro Partido.

Nuestro presidencialismo exige coherencia -absoluta- entre los distintos espacios que tiene el Gobierno. Ella es indispensable en la imagen que entreguen los funcionarios públicos y parlamentarios y dirigentes políticos comprometidos con el Gobierno. Por la naturaleza de los problemas intrínsecos de la transición, en especial los relativos a la política de derechos humanos, a la política militar y a la mantención de los equilibrios macroeconómicos, las acciones y declaraciones públicas deben ser armónicas entre sí y deben acreditar una evidente unidad de propósitos y objetivos a conseguir.

d) El valor ético de la democracia.

La democracia tiene como requisito de existencia, responder a orientaciones éticas que sean percibibles y acogidas por la opinión pública. Quizás la más grande exigencia que nos debamos hacer nosotros mismos, es la de tener la valentía de decir lo que pensamos y la consecuencia de actuar de acuerdo a lo que decimos.

Todos y cada uno de los valores democráticos deben estar siempre presentes, ninguno puede ser relegado, ni siquiera para privilegiar a alguno de los otros. El gran compromiso que hemos asumido es precisamente el de llevar a nuestro país a su grandeza respetando en su cabalidad, siempre, todos los valores democráticos. Ya conocemos sufridas experiencias que se han justificado por el privilegio de uno u otro valor y sabemos que sus consecuencias son dolorosas, ineficaces para la nación y perecederas.

Por otra parte, el ejemplo y la autenticidad de quienes ejercen el poder es fundamental para el respeto del sistema democrático. No podemos concebir un gobierno legítimo, en el que la honestidad de sus funcionarios y la vocación de servicio no sean siempre las principales características. Es sólo en esas condiciones cuando la ciudadanía está dispuesta a identificarse con sus gobernantes, sentirse efectivamente representada por ellos y compartir con las autoridades los indispensables cauces de participación.

Es en la medida que se produce una encarnada relación entre la ciudadanía y su sistema de gobierno que éste se afirma y consolida. La participación total y eficaz de cada uno de los chilenos en las instancias de decisión lleva consigo un compromiso vinculante que permite al Gobierno la mejor forma de alimentación en cuanto a las necesidades de los gobernados y sus aspiraciones de soluciones y entrega a cada uno de ellos una forma real de sentirse parte de su país.

e) La función de mediación de un partido gubernamental.

Los actores de la política gubernamental somos todos, los funcionarios, los parlamentarios y los dirigentes D.C.; los demás militantes, los simpatizantes y los ciudadanos independientes. A todos corresponden deberes y la obligación responsable de hacer exigencias; nadie puede observar la política lejanamente, como un acontecimiento que no le atañe.

El Partido Demócrata Cristiano es el principal partido del Gobierno: es el que concita la mayor adhesión y en él milita el Presidente de la República. Las responsabilidades que esto nos impone, las autoexigencias que debemos hacernos, nos obligan mas allá de lo que el país pueda requerirnos.

En efecto, entre el Partido y el Gobierno debe existir un sistema de re-creación y retroalimentación permanente, que permita la mejor aplicación del Programa de Gobierno que se acordó en la Concertación.

Debemos ser el más adecuado canal para la expresión de la ciudadanía cuando ella se manifieste en términos políticos y los primeros y mejores impulsores de su participación en las instancias sociales. Sin embargo, sería errado llamar a insertarnos en la realidad del país: somos parte auténtica y representativa de este pueblo, en el medio de él nos hemos desenvuelto y hemos crecido. Lo que ahora pretendemos es lo mismo que hemos buscado siempre: que cada uno de los chilenos sea un auténtico partícipe de su país.

El Partido debe asumir la participación como una tarea prioritaria y, de acuerdo a ello, fomentar el trabajo de todos sus militantes en organizaciones sociales y de base. En cada lugar debemos instar porque se produzca una eficiente organización que permita la participación y expresión de la ciudadanía. Esta es una prueba de fuego para un partido demasiado apegado - últimamente - a una lógica estrechamente electoralista.

Por la envergadura de las tareas a realizar, no es suficiente la puesta en acción de programas que surjan espontáneamente, sin articulación de conjunto. Tampoco, y sería una contradicción atroz, una programación central que manipulare la participación. Respetando la vocación de cada uno, deben establecerse canales de participación de carácter territorial y funcional, que vuelquen el Partido hacia una acción constructiva y fecunda.

En el ámbito territorial, donde se debe sostener y ejercer la militancia de cada uno, las organizaciones vecinales y comunitarias y los municipios deben privilegiarse. Ahí debemos desarrollar programas de solidaridad, proyectos de salud, educación y vivienda, acciones culturales, programas de capacitación y de reciclaje de profesionales y trabajadores. Debe elaborarse un catastro de organizaciones y posibilidades de participación.

EN CUANTO A LO INTERNO

Corresponde, según los Estatutos, elegir una nueva Directiva del Partido y un nuevo Consejo Nacional. Ello debe hacerse sin traumas ni desplantes ruidosos. La elección debe desdramatizarse.

Nos encontramos en una situación privilegiada para abocarnos a la toma de esta decisiones. La inmensa mayoría de la militancia, en un nivel de acuerdo que no se obtenía desde hace mucho, señala que comparte el mismo análisis de la situación actual e idénticas propuestas y aspiraciones. No hay conflicto político en el interior de nuestro Partido.

Por esta razón, esta coyuntura es una posibilidad de mostrar ante el país que el Partido Demócrata Cristiano goza de tres atributos fundamentales:

- a) Unidad ideológica y coherencia en la acción;
- b) Valoración vivencial de la moral interna y transparencia en los métodos para adoptar decisiones;
- c) Relevancia de los propósitos que nos animan en el servicio al país.

El logro de estos atributos se obtiene sólo en los periodos de mayor exigencia. Por el bien del país, debemos convocarnos para su mantención: sólo con un Partido Demócrata Cristiano unido, requisito existencial para su fortaleza, podremos enfrentar felizmente el Gobierno y proyectar al Partido.

Los peores momentos que nos haya tocado vivir en nuestra militancia deben quedar guardados en la historia del Partido, pero la vivencia renovada de los traumas que se compartieron, perjudica al Gobierno y al Partido. Nos obliga, en todo caso, y en aras de la necesidad de agregar y no restar, encontrar las más prontas soluciones a situaciones que aún se encuentran pendientes.

Debemos tener en cuenta que "cada día tiene su afán".

Lo que hoy está en juego es estrictamente la elección de una mesa directiva del Partido y los Consejeros Nacionales, nada más. Sería una insensatez convertir esta renovación de autoridades en una especie de primaria tramposa para otros efectos. Descalificamos cualquier aprovechamiento que se quiera hacer en este sentido.

Ahora bien, en cuanto al primero de los atributos que indicamos hace unos párrafos -la unidad ideológica y coherencia en la acción- es indispensable destacar que existe el más grande acuerdo dentro del Partido en cuanto al irrestricto apoyo al Gobierno del Presidente Aylwin y nuestra identificación plena con sus objetivos; respecto de la plena vigencia de la Concertación y de la conveniencia para el país de que ella se proyecte mas allá de este Gobierno; que es inmensamente compartido el anhelo de profundizar la democracia interna, incluso aspirándose a lograr las elecciones directas de todas las autoridades partidarias; en que la modernidad y los avances tecnológicos deben ser asumidos en aras de la mejor eficiencia, sin sacrificar por ello el valor predominante del trabajo de cada uno de los militantes.

Sobre estos puntos capitales hay un enorme acuerdo. Estamos llanos a crear con todos nuestros camaradas que compartan estas premisas, líneas de trabajo conjunto y asumir de la misma forma y sin descalificaciones, las tareas de conducción del Partido. No entenderíamos que en las circunstancias que hemos descrito de acuerdos internos, hubiera quienes se quisieran restar o impugnaran a otros.

En lo que hace a la transparencia, es casi innecesario hacer mayores comentarios. Baste decir que las relaciones internas y los métodos de dirimir cuestiones de un partido que propugna la democratización, no pueden ser menos democráticos que las que reclamamos para los órganos del Estado. Por cierto, no es sólo una cuestión ética, sino de una capacidad moderna de gestión, que garantice la transparencia y la legitimidad.

Otorgar relevancia a nuestro interés de servicio a la nación implica y exige envergadura, idoneidad y calidad de las personas que lleven adelante los propósitos y decisiones. Hace algunos años hablábamos del concurso para conquistar la democracia; hoy necesitamos el reciclaje para consolidarla.

La naturaleza del futuro Congreso del Partido.

El Congreso es indispensable, porque como lo señalábamos en la introducción, ha terminado el imperio de los simplismos y de los modelos unilaterales. Esto, al contrario de lo que algunos creen o quisieran, no es el fin de las ideas, sino su despliegue múltiple y complejo, que nos obliga a un proceso profundo de decantación y discernimiento doctrinal y programático.

Este Congreso del Partido está destinado, según acuerdo unánime expresado en la Convocatoria, a elaborar el programa para después de la transición. Concebirlo como una instancia puramente ideológica, además de errado, sería su sepultura anticipada.

En su génesis, entre las primeras herramientas de análisis y durante todo su desarrollo, debe estar necesariamente el reencuentro y el estudio de los principios orientadores y fundamentales de nuestro pensamiento.

El Congreso es una instancia metódica de reflexión, de la cual ningún militante puede estar excluido ni marginarse. Sólo con la activa participación de cada uno de ellos, nuestro Congreso será auténticamente representativo de las genuinas aspiraciones e inquietudes de

6

nuestro país. Sin partidos orgánicos y coherentes, que representen verazmente a su militancia inserta en todos los rincones del país, no habrá democracia estable.

En rigor, el Congreso tiene dos valores centrales: el Estado de Congreso, instancia metódica y progresiva para que el Partido ponga en común sus reflexiones y experiencias, con la garantía previa de que todas las propuestas serán conocidas y discutidas, con un sistema de procesamiento que permita agrupar las más relevantes en el momento de las decisiones y la Propuesta Programática, con los lineamientos y desafíos que deberá asumir el Partido en el tiempo mediano y en un nuevo período de gobierno.

El Partido debe definir un nuevo programa a partir de las transformaciones que la realidad impone. Así, la voluntad, la moral y la realidad, a través de su aprehensión científica, se conjugarán para su elaboración.

FINALMENTE

En el Partido Demócrata Cristiano hoy existen las condiciones para los más amplios acuerdos. Tanto la militancia de base como la dirigencia están acordes en la forma de tratar los asuntos que requieren un actual pronunciamiento y cuales, entre ellos, son prioritarios.

Tenemos el desafío de manifestar en nuestra próxima Directiva Nacional la enorme convergencia lograda. Si así lo hacemos, nuestras perspectivas de proyección y crecimiento serán enormes. No podemos, responsablemente, y teniendo principalmente en cuenta nuestras obligaciones con el país, desperdiciar esta oportunidad que se nos ofrece.

Las nuevas autoridades que el Partido se entregue contarán, en virtud de nuestro actuar consecuente que nos acercará realmente a soluciones de consenso, con un cohesionado contingente de militantes prestos a desarrollar las tareas partidarias.

En esta virtud, estimamos que desde ya se deben señalar los asuntos que requerirán de nuestra principal atención. Para este efecto, y sin excluir ningún otro que se pueda proponer, planteamos los siguientes:

- a) Afirmar y poner realmente en funcionamiento la Concertación de Partidos por la Democracia, instando por la búsqueda de las formas de su proyección más allá del actual gobierno;
- b) Preparar al Partido para enfrentar en términos de afirmar nuestra identidad, las próximas elecciones municipales;
- c) Adecuar la estructura partidaria para que dentro del más breve tiempo se puedan generar todas las autoridades por el sistema de elección universal; y
- d) Lograr la realización de un Congreso representativo y auténtico, del cual emerjan las líneas conductoras que todos los militantes deben aceptar.

Santiago, junio de 1990.

Jacqueline Saintard Vera
Raúl Donckaster Fernández